



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

XVI SIMPOSIO ELECTRÓNICO INTERNACIONAL

## MEDIO ORIENTE Y NORTE DE AFRICA Cambios y continuidades de una región en crisis

OCTUBRE DE 2007

### ISLAM Y DEMOCRACIA

*Juan José Santander\**

Prevenámonos de entrada contra lo políticamente correcto, como se ha dado en llamar a cierta especie de tabús ideológicos que cada cual desde su posición interesadamente pretende imponer pero que, como toda usanza o moda más o menos universalmente difundida, termina por acatar los puntos de vista de los más poderosos –tal como suele sucederle a las ideologías- con el gravísimo riesgo –que no se podría, a mi entender, exagerar- de su deriva a un pensamiento único, con lo que esto supone –y ahí está, para mí, lo grave– de autocensura.

Como muchas veces el arte nos muestra a lo largo de la historia, la censura impuesta siempre puede ser burlada, pero la que se ha incorporado a nosotros resulta insalvable; de ahí su poder empobrecedor y estirilizante para todo producto del intelecto humano. De esto también encontramos abundantes ejemplos en la historia, reciente o remota.

Así pues, comencemos por aclarar que por lo que hace al Islam como religión, le debemos en tanto que tal el mayor respeto y consideración, pero aquello sobre lo que trataremos de reflexionar no se refiere a la esfera de lo religioso –aunque resulte inevitable rozarlo de una manera u otra, atento lo íntimamente ligadas que se hallan política y religión en casi todos los regímenes árabes presentes, algo que no siempre sucede de igual modo en otros países mayoritariamente musulmanes pero no árabes- sino a la de la política en tanto que realidad actual de la interrelación entre sociedades, instituciones y gobiernos.

Si empezamos por prevenirnos contra el pensamiento único es porque ése es uno de los problemas que se constatan en esa realidad: ciertas corrientes como el salafismo excluyen, valiéndose de categorías religiosas,

cualquier intento de disensión en las ideas, por no decir que excluyen las ideas a secas; al menos, todas aquéllas no acreditadas por la autoridad religiosa más estricta, lo que las transforma en preceptos. Lo más que puede hacerse es interpretar y esto ateniéndose a alguna de las cuatro escuelas de interpretación, la más reciente de las cuales data del siglo XIV.<sup>1</sup>

Ahora bien, lo que del otro lado se presenta no resulta, en cierto modo, menos monolítico, en tanto que idea de civilización arrancando de la Grecia clásica y pasando por todos los avatares del pensamiento político europeo y su evolución en materia de instituciones de gobierno y sociedad en las que ha ido plasmándose hasta nuestros días. Eso es, más o menos, lo que solemos entender por democracia. Y se ha desarrollado en Occidente, es decir, en Europa y el Continente Americano.

Son dos modos –y hay más en el mundo, no son los únicos,- de haber vivido y entendido la propia historia, más allá de que, por parte de los países occidentales del Hemisferio Norte, ha habido, sobre todo a partir del siglo XIX, frecuentes y más o menos violentas y prolongadas presencias en los otros países, sin haber por ello producido transformaciones profundas ni en las sociedades ni en los sistemas políticos de gobierno de los territorios que ocuparon, al configurarse dichas presencias mayormente en la modalidad de colonias o protectorados dependientes de las metrópolis boreales del Poniente. Incluso de aquéllas, como los EEUU, que nunca se reconocieron como tales aun ejerciéndolo.

Curiosamente, y tras el festival de descolonización que sucedió a la segunda guerra mundial, impulsado principalmente por esos mismos EEUU que no se sentían afectados por la medida y con el claro propósito –además de difundir la libertad, objetivo en el que ni han cejado ni tienen aire de cejar- de influir en los independizados sin el estorbo de la antigua metrópoli europea, el último desarrollo de aquella corriente de pensamiento político que se reclama de raíces griegas, i.e., el marxismo, va a injertarse en muchas de las ex colonias; en varios de los países árabes y otros países musulmanes, produciéndose un mestizaje intelectual extraño entre el nacionalismo –de las luchas para alcanzar la independencia-, el Islam como rasgo de identidad cultural y tradicional y el marxismo como forma de seguir luchando contra nuevas formas de dependencia insinuadas por los países poderosos o contra las élites tradicionales que nunca o raramente vieron su poder afectado por los colonizadores, los que se decían tales y los que no.

La mezcla resultó un híbrido: resistente, eso sí, como la mula por ejemplo, ante escabrosas sendas a las que otra montura o bestia de carga no se atreve, pero incapaz de engendrar descendencia, por lo que, al desvanecerse, dejó a los países que lo intentaron con lo que ya tenían de antes: el Islam y las élites dominantes.

En cuanto a estas últimas, debe señalarse que, aunque experimentaron cataclismos e invasiones varias, nunca pasaron por conmociones semejantes a las revoluciones francesa, mexicana o rusa, o a la sublevación de esclavos efímeramente triunfante de Haití. Allí las familias –no sólo las reales– trazan sus

ancestros mucho más allá de lo que pueden hacerlo las más linajudas de las europeas. Pondré un ejemplo: hablando con un señor kurdo en Damasco –kurdo con pasaporte sirio–, le mencioné uno de los apellidos locales más notables; me recordó: ah, pero ésos llegaron con los mogoles... Esto significaba que eran advenedizos. Los mogoles atacan y destruyen Damasco en 1258, tras haberlo hecho con Bagdad y Alepo. Y nosotros estábamos hablando a principios de los años setenta del siglo pasado. No le pregunté, pero no me extrañaría que él, por su parte, resultara emparentado con Saladino, el kurdo que recupera Jerusalem para el Islam en el siglo doce.

La incursión marxista dejó su huella en ciertas corrientes tendientes a la secularización de la sociedad y a la laicización del gobierno y las instituciones –como eran a su manera, por ejemplo, los regímenes del Baath– resurgimiento, movimiento iniciado en 1948– en Iraq y Siria, hasta que la influencia religiosa, como reflejo defensivo de la propia identidad y reaseguro para los gobiernos ante el impulso islamista, se difunde al amparo de las fuerzas de la coalición que castiga a Iraq por haber invadido Kuwait en 1991 –es hacia ese momento que se incorpora un lema musulmán a la bandera iraquí, que no lo tenía–.

Estas corrientes ya acusaban la caída de la Unión Soviética, al verse privadas de cualquier clase de sostén exterior y sin haber llegado a arraigarse firme ni mucho menos ampliamente en las sociedades locales.

Mientras tanto, inevitablemente, a través de los contactos con los países occidentales, todas estas sociedades, cual más, cual menos, se vieron afectadas en sus hábitos y costumbres. Así, se han configurado élites y clases medias urbanas cuyos modos y estilos de vida han ido asimilándose gradualmente a las de los países europeos en general y más o menos especialmente a las de aquéllos con los que tienen más frecuente contacto. El panorama dista de ser así en medios rurales o más aislados.

También curiosamente, entonces, las sociedades en su funcionamiento cotidiano se han ido adelantando a las instituciones.<sup>2</sup> Este cambio de mentalidad, sumado al rechazo y desconfianza que inspiraron los atentados de Casablanca en mayo de 2003 y otros intentos sucesivos, podrían explicar los magros resultados obtenidos por el Partido Justicia y Desarrollo, islamista moderado, en las elecciones de septiembre de 2007 en Marruecos.<sup>3</sup>

Nos encontramos de este modo frente a sociedades bastante flexibles, en medio urbano, en cuanto a su incorporación de modos de vida similares a los de Occidente, por una parte; por otra, un corpus religioso más bien inelástico por lo que hace a los límites de sus posibilidades actuales; además, debemos considerar la existencia de clases o grupos o familias gobernantes distinguibles con bastante claridad que, siendo conservadores por lo que hace a proteger su poder y privilegios, son modernizadores en virtud de su estrecha relación y contacto con los países occidentales en tanto que dirigencias; finalmente, es necesario suscitar la cuestión de que las modalidades que se pretende introducir agrupándolas en el común ramillete de democracia –que suele incluir liberalización comercial y protección de marcas y patentes para los

productos de los países occidentales- provienen y son promovidas precisamente por quienes hasta hace medio siglo, más o menos, tuvieron a esas sociedades y países sometidos como colonias y de quienes aún dependen en gran medida, económica y políticamente, en el ámbito internacional.

La percepción mutua se complica aún más si evocamos las migraciones. Las dificultades de inserción de los inmigrantes musulmanes y su recurso liminar a la identidad por vía religiosa, inclusive de manera radical y violenta, son suficientemente patentes como para que baste esta mención. Pero, a modo de espejo, estas dificultades revierten en las sociedades de los países de origen de esos inmigrantes como una justificación para aferrarse a la tradición como reivindicación de identidad.

Las circunstancias en cada país árabe son diversas y matizadas. En algunos casos, la unión del poder político y el religioso ha conducido al desarrollo de formas autóctonas que, como la “shura” –consejo en sentido lato- en Arabia Saudita, ofrecen una alternativa islámica al aspecto participativo de la democracia, partiendo de una diferencia crucial: el hombre no se pertenece a sí mismo sino a Dios y en consecuencia no se puede dictar sus propias reglas sino atenerse a las que Dios ha comunicado a los hombres –cada uno de los cuales es su califa (vicario)- de una vez para siempre en el Sagrado Corán. En otros, como es el caso de Marruecos, el Rey en tanto tal y como Amir al Mu’minín –Príncipe de los Creyentes–, o sea, máxima autoridad en ambos campos, ha promovido, por ejemplo, una reforma de la “Mudáuana” –estatuto de familia– que, encabezando cada modificación con una cita religiosa que la fundamenta, ha modernizado y mejorado de manera notable las normas que rigen la situación de la mujer y otras cuestiones referidas a los vínculos familiares.

Subsiste, en este contexto, el problema de si es posible el afianzamiento de instituciones políticas democráticas en los países árabes, más allá de un ritual de gestos y apariencias más o menos gatopardistas, elaborado por quienes detentan el poder como una concesión hacia las presiones democratizadoras occidentales.

Éste nos lleva a considerar el de la libertad de pensamiento, de forma tal que permita superar la encerrona que suponen el salafismo y otras corrientes rigoristas desde el punto de vista religioso. En ese sentido, debe tenerse en cuenta que históricamente, el Islam ha puesto más el acento en las conductas aceptables que en la manera de concebir cada uno íntimamente sus vivencias religiosas.<sup>4</sup> A la vez, el alto grado de analfabetismo, sumado a las dificultades que presenta el dominio de la lengua escrita, especialmente la coránica, que se considera sagrada y fuente y autoridad inapelable y última en la materia, determina que sea relativamente fácil difundir –en esos medios iletrados– cualquier versión extremista de los textos religiosos, cuyos oyentes no tienen medio alguno de verificar. Contra esto, sólo el tiempo y grandes y eficientes campañas de alfabetización y educación religiosa –como han empezado ya los gobiernos de algunos países– podrían lograr, al menos, evitar la propagación

de prédicas inflamatorias –e infundadas, recuérdese– de autoproclamados predicadores.

A la vez, la gradual adopción por la sociedad urbana y medianamente educada de la mayor parte de los países árabes, de modos de vida parecidos a los de Occidente puede suponerse que irá poco a poco ampliándose y estableciéndose sin mayores conflictos. Esto sin duda ha de facilitar la adopción también paulatina de instituciones democráticas en la medida que los cambios de hábitos y costumbres suponen un cambio de mentalidad paralelo, más acorde con ese tipo de instituciones.<sup>5</sup>

La cuestión básica es, por un lado la laicización como aspecto institucional y la secularización como aspecto de los usos y costumbres aceptables. Ambos términos en árabe son uno, lo que indica un riesgo de confusión que, de todos modos, sería más bien de orden académico que práctico, ya que la oposición a procesos conducentes en cualquiera de ambos sentidos es la misma y recurre a la religión y a la tradición para oponérseles.<sup>6</sup>

La diferenciación del poder político y de la autoridad religiosa –que le da legitimidad- se produce tempranamente en el Islam sunní, tras los cuatro califas iniciales y reconocidos, al aceptar una autoridad política –la de Moauiya- como medio de prevenir la “fitna” –anarquía-. En esta misma línea y con diversas variaciones y acusaciones cruzadas de transgresión religiosa, el poder político ha sido concebido como garante de cierto orden interior imprescindible en aras del cual se resignan libertades que, en cualquier caso, tampoco existirían de reinar la anarquía.<sup>7</sup>

El Islam shií, donde constituyó poder político, en Irán, no en los países árabes, se injertó en tradiciones institucionales diferentes –no el trasfondo tribal árabe originario- y configuró una jerarquía religiosa de la que el resto del Islam carece. Probablemente, no habría manera de constituir en un país árabe una teocracia como la iraní. El poder político tradicional, aun cuando genealógicamente se remonte al Profeta como legitimación para ciertas casas reales, tiene el poder porque lo detenta, y siempre ha sido así hasta ahora. Esto es comprobable aún en el caso de regímenes que se suponen repúblicas electivas.

De todas maneras, quiero traer a colación las campañas de promoción de la democracia por parte de los países occidentales más poderosos.

El liberado abraza siempre desconfianza hacia el antiguo yugo, que vuelve sospechoso lo que de él provenga. Timeo dánaos et dona ferentes, para no escapar de nuestros griegos. Europeos ellos, y Troya en Asia. Occidentales a las Puertas de Oriente, aunque la Sublime ya no quede.

Al mismo tiempo, una cantidad de ejemplos de casos actuales, desde las elecciones anuladas en Argelia a principios de los '90 del siglo pasado porque las habían ganado los islamistas hasta el triunfo electoral de Hamás en Palestina<sup>8</sup> y todo lo que vino después, las actitudes por acción u omisión, de estos promotores de democracia resultan, por decir lo menos, poco felices para

abonar sus asertos. Las tensiones en Turquía por si la señora del Presidente lleva o no “hiyab” –pañuelo de cabeza– llevaron a discutir si Güll podía o no ser Presidente. Más allá de cierta oposición europea a admitir en la Unión a ese país, que no he de analizar en detalle pero de la que no está ausente el componente religioso.

Además, hay una gran discusión en el ámbito académico de esos mismos democratizadores sobre el tema de la “secuenciación” (*sequencing*) – i.e., la conveniencia de establecer secuencias para avanzar hacia la democracia- y su necesidad para evitar los “estados fallidos”, o bien si se ha de avanzar democratizando desde el principio, a sabiendas de que pueden operarse retrocesos sin que éstos lleguen forzosamente a impedir nuevos avances.<sup>9</sup>

Todo ello suponiendo que la intervención externa sea no sólo eficazmente posible sino también beneficiosa. Sobre todo una intervención que se supone diseñada para alcanzar ciertos objetivos en una sociedad determinada, no para ayudar en la evolución de factores ya existentes y surgidos de esa misma sociedad, asuman éstos la dirección que asumieren.<sup>10</sup>

Esta cuestión ya había sido contemplada -¡volvemos a los griegos!- por los sofistas, en el famoso ejemplo de quien dice “todos los cretenses son mentirosos” y es cretense él mismo.

No voy a la caracterización técnica del caso como paradoja en cuarto término. Voy a que hay personas que se sienten capaces de decir qué es mejor para otros en vez de dejar que lo digan ellos.

Porque así como no hay manera de saber si el cretense miente y por lo mismo, ¿qué pasa si está diciendo la verdad?

En conclusión, podríamos afirmar que el Islam no impide la democracia,<sup>11</sup> pero sí le dará sus propios matices, que han de ser diferentes según el país y sus circunstancias. Deseo recordar que muchas de las costumbres que más rechazo inspiran en Occidente no provienen de la religión, sino de usos históricamente arraigados en la cultura de una población determinada.

De todas maneras, allí donde se imponga la “sharía” –ley musulmana– como fundamento legal y legislativo, no cabe ni tiene demasiado sentido imponer modalidades electivas de sufragio tal como se aplican en los países occidentales porque no cambiarían nada, básicamente y en la práctica, del funcionamiento de las sociedades, las instituciones y los gobiernos.

Un ejemplo de léxico podría quizá ayudar a comprender lo íntimamente ligadas que religión e instituciones se hallan: En castellano, reservamos el término “mártir” para quien da con su vida testimonio de su fe religiosa o en una causa, mientras que quien presta testimonio es “testigo” en el ámbito legal o simplemente por dar fe de una afirmación o de un hecho. En árabe, “shahid” equivale a ambos, mártir y testigo –que, por lo demás, etimológicamente tienen

también para nosotros el mismo significado, pero el uso los ha ido distinguiendo irreversiblemente—. ¿Podrán distinciones de esta índole surgir en el seno de las sociedades de confesión islámica? Es difícil responder en uno u otro sentido y depende mucho de los protagonistas, que son precisamente esas sociedades.

Hay países cuyas sociedades se hallan en lo cotidiano más próximas de diferenciar lo político institucional de lo religioso, pero la índole misma del Islam —y la historia de los pueblos que lo han adoptado— hacen difícil concebirla como una religión que se practique sobre todo en la esfera íntima y privada y, aun en países donde no impera la “sharía”, la religión —o las costumbres asociadas a ella— determinan vestimentas, hábitos sociales, de higiene, de alimentación, abarcando el conjunto de ese mismo universo cotidiano.

Por lo demás, el caso de gobernantes que apelan a la religión no es exclusivo del Islam. El monarca inglés es jefe de la Iglesia Anglicana; algo parecido sucede con el rey de Noruega para la confesión luterana en ese país.<sup>12</sup> Y desde hace 50 años los EE.UU. acuñan en su moneda y llevan de lema en su escudo el “In God we trust”. Nadie se atreverá a poner en tela de juicio el funcionamiento de las instituciones democráticas en esos países.

---

\* Investigador del Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo, CEID, Buenos Aires, Argentina.

## Referencias

<sup>1</sup> MOUAQIT, Mohamed. «Du despotisme à la démocratie», Éditions Le Fennec, Casablanca, 2003.

<sup>2</sup> HAMZAWY, Amr. “The 2007 Moroccan Parliamentary Elections Results and Implications”. En: *Middle East Program*, Web Commentary, Carnegie Endowment for International Peace, 11 de septiembre de 2007.

<sup>3</sup> *Ídem*.

<sup>4</sup> MOUAQIT, Mohamed. *Op. cit.*

<sup>5</sup> HAMZAWY Amr. *Op. cit.*

<sup>6</sup> MOUAQIT, Mohamed. *Op. cit.*

<sup>7</sup> *Ídem*.

<sup>8</sup> HELLER Mark & al., “ Hamas: jumped or pushed?”. En: bitterlemons-international.org, Middle East Roundtable, Edición 32, Volumen 5, 16 de agosto de 2007.

<sup>9</sup> CAROTHERS Thomas *et al.* En: “Journal of Democracy”, Carnegie Endowment for International Peace, Volumen 18, nº 3, julio 2007.

<sup>10</sup> *Ídem*.

<sup>11</sup> AFSARUDDIN Asma. “Muslims can practice religion and be democratic”, Miembro de la Junta de Directores del Centro para el Estudio del Islam y la Democracia, Universidad de Notre Dame, EEUU, aparecido en *The Daily Star*, Beirut, 1º de junio de 2007.

<sup>12</sup> KÜNKLER, Mirjam; MEYER-RESENDE, Michael. “A Missing Link: Democracy and Religion”, En *Welt Debatte*, Democracy Reporting International, 3 de septiembre de 2007.